

# Su esencia es imperecedera



La Universidad de Oriente atesora siete décadas de existencia, y la lectura del libro *Universidad de Oriente. Páginas de su historia* ha despertado en mí evocaciones relacionadas con buena parte de la vida de varias generaciones de profesionales de las provincias extremas del naciente de Cuba, las que justifican el papel de esta institución en su devenir personal.

Su fundación tuvo como razón de ser la acción de aquellos intelectuales y científicos santiagueros que, junto al empuje indetenible de la población, reclamaban engendrar un centro docente superior para las exigencias de progreso de la región oriental durante el período de la postguerra mundial. Serán las mismas fuerzas que por entonces exigían una tumba digna para el Apóstol en el cementerio Santa Ifigenia. Esta Universidad se fundó bajo el ala del liberalismo democrático de la década los 40 del pasado siglo, el que condescendió con la aplicación de un proyecto filosófico y pragmático más acorde con los tiempos y con las necesidades del país: “Ciencia y conciencia”.

No es extraño que con el triunfo revolucionario del Primero de Enero, el gobierno se jurara en su recinto, aquel transitado en el pasado reciente por hombres tan valiosos como Frank País. La Universidad de Oriente estuvo a la vanguardia de la vida nueva que requería la nación y convocó al programa de conferencias “Revolución y Universidad” cuya clausura estuvo a cargo de Ernesto Guevara; el Che sentó los principios de una transformación verdaderamente radical. Ésta exigía, como subraya el Dr. Armando Hart, –entonces ministro de Educación–, cambios en el qué, el cómo y para quiénes.

La Reforma Universitaria de 1962—que cumple ya medio siglo— fue el comienzo que permitió al pueblo la entrada en la educación superior, sin olvidar el rigor académico, los métodos pedagógicos contemporáneos y las asignaturas que el desarrollo económico del país requería.

Muy noble es que se recuerde y se difunda la labor de sus profesores y estudiantes porque son ellos, precisamente, los que proporcionan el alma, la esencia y trascendencia de una universidad. Es verdad que tuvimos profesores extranjeros: el Dr. Francisco Prat enseñaba magistralmente la Historia del Arte universal, y con Nils Castro se aprendieron los balbuceos del marxismo; luego, doctores soviéticos dieron su aporte en la enseñanza de aquella filosofía humanista. Nunca deben relegarse al olvido los profesores cubanos (algunos procedentes de la segunda enseñanza) que por su calidad se emplearon en sus aulas: Boti, Adolfin, Soto del Rey, Estévez, Borges, Repilado y tantos otros aún sin recordar; al igual que aquellos estudiantes —primeros beneficiarios de la Reforma Universitaria—, quienes accedieron a los claustros para suplir con su dedicación el vacío académico, creado, —por los profesores emigrados políticos— y algunos escalar hasta el rectorado.

Cómo ignorar los días de campamento en torno al momento del ataque aéreo al aeropuerto de Santiago de Cuba y al desembarco mercenario en Playa Girón o durante la crisis de Octubre cuando la milicia universitaria acudió a las armas con disciplina; tanto, como a los rigurosos cursos para la defensa del país en el Plan de Becas o a las guardias en el recinto. En la conciencia de varias generaciones de profesores y estudiantes están las movilizaciones para el trabajo en el corte y alza de la caña, la labor en otras formas de agricultura o la emulación deportiva. ¿Quiénes de aquella generación pueden olvidar a María Rosa Martínez Riera, *Chachi* en la milicia o en los trabajos voluntarios donde lamentablemente perdió la vida? El espíritu de la Universidad de Oriente se ha formado con la revolución iniciada en 1959.

Ahora bien, tientos y diferencias hubo porque la humanidad que se concentró en la alta casa de estudios no quedó exenta de virtudes, errores, intelectuales—íntegros—comprometidos y demagogos—oportunistas—dogmáticos. Años complejos, que reprodujeron excesos y ofrecieron al país graduados de calidad. Al cabo, la lección política es inapreciable, y es que la Universidad termina por educar no solo en la profesión, también prepara, más allá del régimen docente, al hombre y a la mujer para la vida en su comunidad.

Sin este texto es imposible hacer el recuento histórico de la Universidad de Oriente, cuando ya se acelera su transcurrir, luego de la curva de los 50 años, y se aproxima, con nuevos bríos, al último tercio para llegar

al centenario de fundada. Se habla de una Universidad florecida, cuyos resultados se han esparcido por el mundo; la que superó con creces las aspiraciones a una enseñanza superior en la región oriental de la oligarquía criolla de fines del siglo *XVII*, y las de la pequeña y media burguesías cubanas de mediados del siglo *XX*.

OLGA PORTUONDO ZÚÑIGA  
Profesora Consultante. Departamento de Historia.  
Universidad de Oriente  
Historiadora de la Ciudad de Santiago de Cuba

